

 La doctora

Amo, fue en la tarde del tercer día de la estación de siembra del sur cuando el ayudante del interrogador vino a buscar a la doctora para llevarla a la cámara oculta, donde esperaba el torturador jefe.

Yo estaba sentado en el salón de los aposentos de la doctora, moliendo los ingredientes de una de sus pócimas con un mortero y un almirez. Concentrado como estaba en esta tarea, tardé un momento o dos en recobrar la compostura al oír que alguien aporreaba agresivamente la puerta y derribé un pequeño pebetero de camino a la entrada. Esta fue la causa tanto de mi tardanza en abrir como de cualquier imprecación que Unoure, el ayudante del interrogador, pudiera haber escuchado. Estas palabras malsonantes no estaban dirigidas a él y yo no estaba ni dormido ni tan siquiera remotamente adormilado, como espero que crea mi amado amo, diga lo que diga el mencionado Unoure —una persona poco fiable y de temperamento voluble, según todos los testimonios—.

La doctora se encontraba en su estudio, como era lo habitual a esa hora de la tarde. Entré en su taller, donde guarda los dos grandes armarios que contienen los polvos, las cremas, los ungüentos, los líquidos y los diferentes instrumentos que emplea en su profesión, así como las dos mesas donde descansan toda clase de quemadores, hornillos, retortas y frascos. En ocasiones también trata allí a sus pacientes, cuando hace falta recurrir a la cirugía. Mientras el pestilente Unoure esperaba en el salón, limpiándose la nariz en una manga ya mugrienta y mirando a su alrededor con el aire de alguien que trata de decidir qué va a robar, yo crucé el taller y llamé a la puerta del estudio que también sirve a la doctora como dormitorio.

—¿Oelph? —preguntó ella.

—Sí, señora.

—Pasa.

Oí el ruido sordo de un grueso volumen al cerrarse y sonreí quedamente.

El estudio de la doctora estaba a oscuras y flotaba en el aire la fragancia de la dulce flor de la istra, cuyas hojas suele quemar en los incensarios colgados del techo. Me abrí camino a tientas por la oscuridad. Como es lógico, conozco perfectamente la distribución del estudio de la doctora —mejor de lo que ella misma podría suponer, gracias a la inspirada perspicacia y la juiciosa astucia de mi amo—, pero mi señora es propensa a dejarse sillas, escabeles y banquetas en medio, así que me vi en la obligación de avanzar con prudencia hasta el lugar en el que la llama de una pequeña vela indicaba su presencia, sentada a la mesa que hay delante de una ventana cubierta por pesados cortinajes. Se enderezó en el asiento, estiró la espalda y se frotó los ojos. La mole de su diario, tan grueso como una mano y tan ancho como un antebrazo, descansaba sobre la mesa, frente a ella. El gran libro estaba cerrado y con el candado echado, pero incluso en aquella oscuridad cavernaria pude ver que la cadenilla del cierre oscilaba de un lado a otro. Había una pluma en el tintero, cuya tapa estaba abierta. La doctora bostezó y se ajustó al cuello la fina cadena de la que pende la llave del diario.

Mi amo sabe por numerosos informes anteriores que creo que la doctora está recopilando sus experiencias aquí en Haspide para el pueblo de su tierra natal, Drezen.

Es evidente que la doctora quiere mantener sus escritos en secreto. Sin embargo, en ocasiones olvida que me encuentro en la habitación, normalmente cuando me ha encargado que busque una referencia en alguno de los volúmenes de su extravagantemente voluminosa biblioteca y yo llevo algún tiempo haciéndolo en silencio. Por lo poco que he podido vislumbrar de lo escrito en estas ocasiones, he llegado a la conclusión de que cuando escribe en su diario, no siempre emplea el haspidiano o el imperial —aunque hay pasajes en ambas lenguas—, sino a veces un alfabeto que nunca he visto.

Creo que mi amo está tomando medidas para comprobar, con la ayuda de otros nativos de Drezen, si la doctora escribe en drezenés, y con este fin, siempre que puedo, trato de consignar en la memoria cuanto me es posible de lo escrito en su diario. Sin embargo, en esta ocasión no pude echar ni un vistazo a los pasajes en los que, a buen seguro, había estado trabajando.

Impulsado por el afán de servir lo mejor posible a mi amo en este asunto, me permito respetuosamente volver a señalar que una sustracción temporal del diario permitiría a un cerrajero habilidoso abrir el libro sin dañarlo, con lo que podría hacerse una copia de sus escritos y resolver finalmente el interrogante. Esto podría llevarse a cabo cuando la doctora estuviera en cualquier otra parte del palacio o, mejor aún, de visita en la ciudad, o incluso mientras estuviese tomando uno de sus frecuentes baños, que suelen ser prolongados. (Fue durante uno de esos baños cuando le conseguí a mi amo uno de los escalpelos del maletín de doctora, que le fue debidamente entregado. Añado que tuve el cuidado de hacerlo justo después de una visita al hospicio de los pobres, para que las sospechas recayeran sobre ellos.) No obstante, y como es lógico, me inclino ante el juicio superior de mi amo en este asunto.

La doctora me miró con el ceño fruncido.

—Estás temblando —me dijo. Y claro que lo estaba, porque la repentina aparición del ayudante del torturador había resultado indudablemente inquietante. La doctora dirigió la mirada a la puerta del quirófano, a mi espalda, que había dejado abierta para que Unoure pudiera oír nuestras voces y se sintiera menos predispuesto a cometer cualquier maldad que estuviera maquinando—. ¿Quién es? —preguntó.

—¿Quién es qué? —pregunté mientras observaba cómo cerraba la tapa del tintero.

—He oído toser a alguien.

—Oh, es Unoure, el ayudante del interrogador, señora. Ha venido a buscaros.

—¿Para ir adónde?

—A la cámara oculta. Maese Nolieta ha enviado a buscaros.

Me miró sin decir nada durante un segundo.

—El torturador jefe —dijo con voz templada, y asintió—. ¿Estoy metida en algún lío, Oelph? —preguntó mientras apoyaba un brazo en la gruesa tapa de cuero de su diario, como si quisiera protegerlo o buscara protección en él.

—Oh, no —le dije—. Tenéis que llevar vuestro maletín. Y medicinas. —Me volví para mirar la puerta del quirófano, recortada a la luz del salón. Llegó el sonido de una tos desde allí, una tos que sonaba como a esas que se utilizan para recordar a los demás que uno está esperando con impaciencia—. Creo que es urgente —susurré.

—Hmmm. ¿Crees que el torturador jefe Nolieti tiene un catarro? —preguntó la doctora mientras se levantaba y empezaba a ponerse la chaqueta larga, que había estado colgada del respaldo del asiento.

La ayudé con la negra prenda.

—No, señora. Creo que lo más probable es que alguno de los reos a los que están interrogando no se encuentre... hum, del todo bien.

—Ya veo —dijo ella. Metió los pies en las botas y se enderezó. Su prestancia física volvió a sorprenderme, como me ocurre en tan numerosas ocasiones. Es alta para ser mujer, aunque no excepcionalmente, y aunque para ser mujer posee unos hombros anchos, he visto pescadoras y mariscadoras de aspecto más recio. Creo que es su porte, su forma de comportarse.

He tenido la suerte de vislumbrar tentadoras visiones de su persona —tras uno de sus numerosos baños—, ataviada con la ropa interior, con la luz tras de sí, al salir envuelta en una nube de aire fragante e inundado de talco y pasar de un cuarto a otro, con los brazos alzados para enrollarse una toalla alrededor del largo y húmedo cabello rojizo, y la he observado en las grandes ocasiones de la corte, ataviada con vestidos formales y bailando con la ligereza y la delicadeza —y con la expresión de pura modestia— de la mejor y más educada de las doncellas, y confieso libremente que me he sentido tan atraído en sentido físico hacia ella como cualquier hombre (joven o no) se vería hacia una mujer de aspecto tan saludable y grato a la vista. Pero al mismo tiempo hay algo en su comportamiento que yo —así como, sospecho, muchos otros varones— encuentro desalentador, e incluso un poco amenazante. Cierta franqueza inmodesta en su forma de proceder es la causa de esto, me temo, junto a la sospecha de que, aunque su aceptación de los hechos que dictan la aceptada y patente preeminencia de los varones es en la superficie irreprochable, se ve acompañada por una especie de injustificado humor que inspira en los varones la inquietante sensación de que se está divirtiendo a su costa.

La doctora se inclinó sobre la mesa y abrió las cortinas y los batientes para dejar que entraran los rayos de Seigen. A la tenue luz que se colaba por las ventanas reparé en el pequeño plato con bizcochos y galletas que había al borde de la mesa de mi señora, al otro lado del diario. Su vieja y desafilada daga descansaba también en el plato, con los romos bordes manchados de grasa.

La recogió, pasó la lengua por la hoja y entonces, tras lanzarle un último y sonoro beso mientras terminaba de limpiarla con la manga, se la guardó en la bota derecha.

—Vamos —dijo—. No hagamos esperar al torturador jefe.

—¿Es realmente necesario? —preguntó la doctora mientras miraba la venda que había en las mugrientas manos del ayudante del torturador Unoure. Este llevaba un largo delantal de carnicero, hecho de piel y manchado de sangre, por encima de una camisa inmunda y unos pantalones holgados y de aspecto grasiento. La venda negra había salido del interior de un largo bolsillo del delantal.

Unoure sonrió, y al hacerlo exhibió una miscelánea de dientes cariados y descoloridos, alternados con huecos que hubiesen debido ocupar otros dientes. La doctora se encogió. Tiene la dentadura tan recta y bien cuidada que la primera vez que la vi asumí de manera natural que eran una pieza postiza de factura especialmente soberbia.

—Son las normas —dijo Unoure con la mirada clavada en el pecho de la doctora. Ella se cerró el cuello de la chaqueta por encima de la camisa—. Sois una extranjera —le dijo.

La doctora suspiró y me miró de soslayo.

—Una extranjera —dije a Unoure con vehemencia— en cuyas manos se deposita la vida del Rey casi a diario.

—Eso da igual —dijo el otro mientras se encogía de hombros. Sorbió por la nariz, y se disponía a limpiársela con la venda cuando, al ver la expresión de la doctora, cambió de idea y lo hizo con la manga de su camisa—. Son las órdenes. Tenemos que darnos prisa —dijo mirando la puerta.

Estábamos en la entrada a los pisos inferiores del palacio. El pasillo que habíamos dejado atrás se alejaba de aquel corredor poco frecuentado hasta la zona de las cocinas y las bodegas del ala oeste. El lugar estaba muy poco iluminado. En el techo, una pequeña abertura proyectaba una polvorienta lámina de luz acromática sobre nosotros y sobre las altas y oxidadas puertas de metal, mientras que del otro lado del pasillo nos llegaba la luz débil de un par de velas.

—Muy bien —dijo la doctora. Se inclinó levemente y realizó un ostentoso examen de la venda que Unoure llevaba en las manos—. Pero no pienso ponerme eso, y no serás tú el que me lo ponga. —Se

volvió hacia mí y extrajo un pañuelo limpio de un bolsillo de su chaqueta—. Toma —dijo.

—Pero... —protestó Unoure, pero entonces dio un respingo al oír el tañido de una campana procedente de algún lugar situado más allá de aquellas puertas herrumbrosas. Se volvió y, maldiciendo, guardó de nuevo la venda en el delantal.

Le tapé los ojos a la doctora con el fragante pañuelo mientras Unoure abría las puertas. A continuación, con su maletín en una mano y su mano en la otra, la conduje al pasillo que había detrás de las puertas y luego, tras descender muchas y tortuosas escaleras y cruzar más puertas y pasillos, hasta la cámara oculta en la que nos esperaba maese Nolieti. Cuando estábamos a mitad de camino, volvió a sonar una campana en algún lugar situado más adelante y sentí que la doctora daba un respingo y se le humedecía la mano. Tengo que confesar que mis propios nervios no estaban totalmente tranquilos.

Entramos en la cámara oculta por un arco bajo que nos obligó a agacharnos. (Coloqué una mano sobre la cabeza de la doctora para ayudarla a inclinarse. Su cabello era sedoso y suave.) El lugar olía a algo intenso y desagradable y a carne quemada. Me vi incapaz de controlar mi propia respiración y los olores se abrieron paso a la fuerza por mis fosas nasales hasta el interior de mis pulmones.

La estancia, alta y espaciosa, se iluminaba con una variopinta colección de viejas lámparas de aceite, que proyectaban una enfermiza luz entre verde y azulada sobre toda clase de tinas, mesas e instrumentos y contenedores de aspecto diverso —algunos de ellos con forma humana— que no me atreví a inspeccionar con demasiado detenimiento, a pesar de que todos ellos eran atractivos a mis ojos, abiertos de par en par, como el sol atrae a las flores. Un alto brasero situado bajo una chimenea colgante de forma cilíndrica proporcionaba un poco de luz adicional. El brasero se encontraba junto a una silla hecha de anillas de hierro que envolvía por completo a un hombre delgado y desnudo que parecía inconsciente. La forma entera de la silla había girado sobre una estructura de soporte exterior, de tal modo que el hombre parecía haber quedado atrapado en el acto de realizar un salto mortal hacia delante, apoyado sobre las rodillas en el aire, con la espalda paralela a la rejilla que cubría un amplio conducto de iluminación que tenía encima.

El torturador jefe Nolieti se encontraba entre este artefacto y un amplio banco cubierto con diferentes cuencos, jarros y botellas de

metal, y una colección de instrumentos que podrían haber estado igualmente a tono en los lugares de trabajo de un albañil, un carpintero, un carnicero y un cirujano. Nolieti estaba sacudiendo su cabeza, voluminosa, gris y cubierta de cicatrices. Tenía las callosas y fuertes manos en las caderas y la mirada clavada en la forma encogida del hombre enjaulado. Bajo el armatoste metálico que envolvía al desgraciado había una amplia losa de piedra cuadrada con un agujero de drenaje en el centro. Un fluido oscuro que parecía sangre había goteado sobre ella. En la oscuridad se vislumbraban unas pequeñas formas blanquecinas que tal vez fuesen dientes.

Nolieti se volvió al oír que nos acercábamos.

—Ya era hora, joder —dijo, mientras clavaba la mirada sucesivamente, primero en mí, luego en la doctora y al fin en Unoure (quién, según pude ver, mientras la doctora volvía a guardarse el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta, plegaba ostentosamente la venda negra que le habían ordenado usar con ella).

—Ha sido culpa mía —dijo la doctora con tono prosaico al pasar junto a Nolieti. Se inclinó sobre la espalda del cautivo. Hizo una mueca, arrugó la nariz, se colocó a un lado del artefacto y, con una mano en las anillas de hierro de la estructura, la hizo girar entre chirridos y crujidos hasta que el hombre volvió a encontrarse en una posición sedente más convencional. El infeliz tenía un aspecto horroroso. Su rostro estaba teñido de gris, la piel quemada en diferentes sitios y su boca y su mandíbula habían cedido. Había sendos regueros de sangre seca detrás de cada una de sus orejas. La doctora introdujo una mano por las anillas y trató de abrirle un ojo. El hombre emitió un terrible y sordo gimoteo. Hubo un sonido, una mezcla de succión y desgarró, y el prisionero soltó un ruido quejumbroso, como un aullido lejano, que tras unos instantes se transformó en un burbujeo rítmico y desgarrado, tal vez su respiración. La doctora se inclinó para inspeccionar el rostro del hombre y oí que soltaba un pequeño jadeo.

Nolieti resopló.

—¿Busca esto? —le preguntó a la señora y colocó un pequeño cuenco frente a ella.

La doctora miró apenas un instante el cuenco, pero esbozó una pequeña sonrisa dirigida al torturador. Devolvió la silla de hierro a su anterior posición y continuó examinando la espalda del reo. Separó de la carne unos andrajos empapados en sangre e hizo otra mueca.

Agradecí a los dioses que no estuviera mirándome y pedí en silencio que lo que tenía que hacer no requiriera mi asistencia.

—¿Cuál es el problema?—preguntó la doctora a Nolieti, quien por un instante pareció avergonzado.

—Bueno —dijo el torturador jefe tras una pausa—. No deja de sangrar por el culo, ¿sabes?

La doctora asintió.

—Debe de haber dejado que se le enfriaran los hierros —dijo tranquilamente mientras se agachaba, abría el maletín y lo dejaba junto a la bandeja de piedra.

Nolieti se le acercó y se inclinó sobre ella.

—Cómo haya ocurrido no es asunto tuyo, mujer —le dijo al oído—. Tú solo tienes que asegurarte de que se recupere lo suficiente para que podamos seguir interrogándolo hasta que nos cuente lo que el Rey necesita saber.

—¿El Rey lo sabe?—preguntó la doctora levantando la mirada con una expresión de interés inocente—. ¿Es que lo ordenó él? ¿Conoce la existencia de este desgraciado? ¿O fue el jefe de la guardia, Adlain, el que decidió que el reino caería a menos que este pobre diablo sufriera?

Nolieti enderezó la espalda.

—Eso no es asunto tuyo —dijo con tono de hostilidad—. Tú haz tu trabajo y luego lárgate. —Volvió a inclinarse y pegó la boca al oído de ella—. Y olvídate del Rey y del comandante de la guardia. Aquí abajo el rey soy yo, y yo digo que te encargues de tus propios asuntos y me dejes los míos a mí.

—Pero es que esto es asunto mío —dijo la doctora tranquilamente, haciendo caso omiso de la amenazante y voluminosa figura del hombre que tenía a su lado—. Si supiera lo que se le ha hecho, y cómo, me sería más fácil tratarlo.

—Oh, podría enseñártelo, doctora —dijo el torturador jefe mientras miraba a su ayudante y le guiñaba un ojo—. Tenemos tratamientos especiales reservados para las mujeres, ¿verdad, Unoure?

—Bueno, no tenemos tiempo para flirtear —dijo la doctora con una sonrisa acerada—. Decidme simplemente lo que le habéis hecho a este pobre desgraciado.

Nolieti abrió los ojos de par en par. Se incorporó y extrajo un atizador del brasero en medio de una nube de chispas. La punta, al rojo vivo, era tan ancha como la cabeza de una pequeña pala.

—Hacia el final hemos utilizado esto —dijo con una sonrisa y el rostro iluminado por un suave fulgor amarillento.

La doctora miró el atizador y luego al torturador. Se inclinó y tocó algo en la parte trasera del hombre enjaulado.

—¿Sangró mucho? —preguntó.

—Como un hombre al mear —dijo el torturador jefe con un nuevo guiño dirigido a su ayudante. Unoure asintió rápidamente y se echó a reír.

—Habría sido mejor que se lo dejaseis dentro —murmuró la doctora. Se levantó—. Estoy convencida de que es una suerte que os guste tanto vuestro trabajo, torturador jefe —dijo—. Sin embargo, me temo que a este lo habéis matado.

—¡Tú eres la doctora, cúralo! —dijo Nolieti mientras daba un paso hacia ella con el atizador al rojo en la mano. No creo que pretendiera amenazar a la doctora, pero vi que la mano derecha de ella empezaba a descender hacia la bota en la que había guardado su vieja daga.

Miró al torturador sin prestar atención a la barra de metal candente.

—Le daré algo que tal vez lo reviva, pero creo que ya ha contado todo lo que podía contar. No me echéis la culpa si muere.

—Pues es lo que pienso hacer —dijo Nolieti mientras introducía de nuevo el atizador en el brasero. Las cenizas ardientes llovieron sobre las piedras del suelo—. Asegúrate de que viva, mujer. Asegúrate de que está en condiciones de hablar o el Rey se enterará de que no has hecho bien tu trabajo.

—El Rey se enterará de todos modos, no me cabe duda —dijo la doctora mientras me sonreía. Yo respondí con una sonrisa nerviosa—. Y también el comandante de la guardia Adlain —añadió—. Puede que por mí. —Enderezó al hombre de la jaula, abrió un frasco que llevaba en el maletín, introdujo una espátula de madera en el frasco y a continuación, tras abrir la sanguinolenta ruina que era la boca del cautivo, le aplicó el ungüento sobre las encías. El hombre volvió a gemir.

La doctora lo miró unos instantes y a continuación se acercó al brasero e introdujo la espátula en los rescoldos. La madera prendió y se quemó. Mi señora se miró las manos y luego se volvió hacia Nolieti.

—¿Tenéis agua aquí abajo? Agua limpia, me refiero.

El torturador jefe hizo una seña a Unoure, quien desapareció entre las sombras durante un rato antes de traer un cuenco, en el

que la doctora se lavó las manos. Estaba limpiándose las en el pañuelo que le había servido de venda cuando el hombre de la jaula profirió un terrible chillido de agonía, se estremeció violentamente por unos momentos y entonces, de repente, se puso rígido y dejó de moverse. La doctora se acercó a él. Se disponía a llevarle una mano al cuello, cuando Nolieti, con un grito de angustia, la apartó, introdujo la mano entre las anillas de hierro y la puso sobre el punto del cuello que, según me ha enseñado la doctora, es el mejor lugar para comprobar si un hombre sigue vivo.

El torturador jefe se quedó allí, temblando, mientras su ayudante lo observaba con mirada de aprensión y terror. La expresión de la doctora era de torvo y desdeñoso divertimento. Entonces Nolieti se volvió hacia ella y le apuntó con un dedo.

—¡Tú! —siseó—. Lo has matado. ¡No querías que viviera!

La doctora, impasible, continuó secándose las manos (aunque tengo la impresión de que estaban más que secas, y temblaban).

—Yo me dedico a salvar vidas, torturador jefe, no a quitarlas —dijo con tono medido—. Eso se lo dejo a otros.

—¿Qué era eso? —dijo el torturador jefe mientras se agachaba rápidamente y abría de un tirón el maletín de la doctora. Sacó el frasco abierto del que ella había extraído el unguento y lo agitó delante de su cara—. Esto. ¿Qué es?

—Un estimulante —dijo ella e, introduciendo un dedo en el frasco, mostró una pequeña cantidad del fino gel de color marrón a la luz del brasero—. ¿Queréis probarlo? —Movié el dedo hacia la boca de Nolieti.

El torturador jefe le cogió la mano y obligó al dedo a retroceder hacia los labios de ella.

—No. Hazlo tú. Haz lo mismo que le has hecho a él.

La doctora se zafó de la mano de Nolieti y, con toda tranquilidad, se llevó el dedo a la boca y esparció la pasta marrón sobre su encía superior.

—Sabe agridulce —dijo con el mismo tono que utiliza cuando me explica algo—. El efecto dura entre dos y tres campanadas y normalmente no tiene efectos secundarios, aunque si se emplea en un cuerpo gravemente debilitado y en estado de conmoción se pueden producir convulsiones y existe una remota posibilidad de muerte. —Se pasó la lengua por el dedo—. En concreto, los niños sufren graves efectos secundarios y su uso está contraindicado para ellos. El gel se elabora

con las bayas de una planta bianual que crece en varias penínsulas aisladas de las islas del norte de Drezen. Es muypreciado y normalmente se aplica en forma de solución, que es más estable y duradera. Lo he usado en varias ocasiones para tratar al Rey y él lo tiene por uno de mis medicamentos más eficaces. Ya no queda mucho y habría preferido no tener que derrocharlo en alguien que ya estaba condenado ni en mi propia persona, pero vos habéis insistido. Estoy seguro de que al Rey no le importará.—(Tengo que decir, amo, que hasta donde yo sé, nunca ha tratado con ese gel, del que tiene varios tarros, al Rey ni a ningún otro paciente.) La doctora cerró la boca y pude ver que se pasaba la lengua por la encía superior. Entonces sonrió—. ¿Seguro que no queréis un poco?

Nolieti guardó silencio durante un momento, mientras su amplio y moreno rostro se movía como si estuviese masticando su propia lengua.

—Saca a esta zorra drezenita de aquí —dijo finalmente a Unoure, antes de volverse y accionar los fuelles de pie del brasero. Los rescoldos sisearon y se iluminaron, y una lluvia de chispas ascendió por la chimenea cubierta de hollín—. Luego lleva a este bastardo a la piscina de ácido.

Estábamos en la puerta cuando el torturador jefe, sin dejar de accionar los fuelles con un movimiento regular y vigoroso del pie, la llamó:

—¿Doctora?

Ella se volvió mientras Unoure abría la puerta y sacaba el pañuelo negro de su delantal.

—¿Sí, torturador jefe? —dijo.

El torturador se volvió a mirarnos, muy sonriente, mientras seguía atizando las llamas.

—Volverás aquí, mujer de Drezen —le dijo en voz baja. Sus ojos resplandecían a la luz de los braseros—. Y la próxima vez no saldrás por tu propio pie.

La doctora le aguantó la mirada unos instantes, antes de bajar los ojos y encogerse de hombros.

—O vendréis vos a mi quirófano —dijo mientras volvía a levantarlos—. Y os prometo que os dispensaré mis mejores atenciones.

El torturador jefe se volvió y escupió dentro del brasero mientras su pie seguía insuflando vida al instrumento de muerte a través de los fuelles y su ayudante Unoure nos conducía fuera de la cámara.

Doscientos latidos después, un lacayo de la cámara real nos recibió junto a las grandes puertas de hierro que conducían al resto del palacio.

—Es la espalda de nuevo, Vosill —dijo el Rey mientras se volvía en la amplia cama con dosel y la doctora, tras remangarse la camisa, procedía a levantarle el pijama. ¡Estábamos en el aposento principal de los apartamentos privados del rey Quience, en lo más profundo del más interior de los cuadrángulos de Efernze, palacio de invierno de Haspide, capital de Haspidus!

Este se ha convertido en un escenario tan frecuentado por mí (hasta el punto de que podría decirse que es mi lugar de trabajo habitual), que confieso que a veces me olvido del honor que representa encontrarse allí. Pero cuando me paro un momento a considerar el asunto, me digo ¡Grandes dioses, yo —un huérfano de una familia caída en desgracia—, estoy en presencia de nuestro amado Rey! ¡Y con tanta frecuencia, y con tal grado de intimidad...!

En tales momentos, amo, te doy las gracias con toda mi alma y con todo el vigor del que me ha dotado la Providencia, porque sé que son solo tu amabilidad, tu sabiduría y tu compasión lo que me ha colocado en tan exaltada posición y me ha confiado tan importante misión. Ten por seguro que seguiré tratando por todos los medios de mostrarme digno de esa confianza y cumplir con mi deber.

Wiester, el chambelán del Rey, nos había llevado hasta los aposentos reales.

—¿Algo más, señor? —preguntó mientras se inclinaba todo lo que su amplia osamenta le permitía.

—No, eso es todo por ahora. Vete.

La doctora se sentó en un lado de la cama y empezó a amasar los hombros regios con sus fuertes y hábiles dedos. Yo, mientras tanto, sostenía un pequeño frasco lleno de un ungüento de intenso aroma en el que, de vez en cuando, la señora introducía los dedos para, a continuación, aplicarlo sobre la amplia e hirsuta espalda del rey para ayudar a su broncínea piel a absorberlo.

Mientras me encontraba allí, con el maletín de la doctora abierto a un lado, reparé en que el tarro de gel marrón que había utilizado para tratar al infeliz de la cámara oculta seguía abierto en uno de los

ingeniosos bolsillos interiores. Hice además de introducir un dedo en él. La doctora, al ver lo que estaba haciendo, me cogió rápidamente la mano, la apartó del frasco y dijo en voz baja:

—Si yo fuera tú, Oelph, no haría eso. Vuelve a taparlo con cuidado.

—¿Qué pasa, Vosill? —preguntó el Rey.

—Nada, señor —dijo la doctora mientras volvía a colocar las manos en su espalda y se apoyaba sobre él.

—*Au* —dijo el monarca.

—Es tensión muscular, más que nada —dijo la doctora en voz baja al tiempo que giraba la cabeza con un movimiento brusco para que el cabello, que le había caído sobre el rostro, quedara de nuevo detrás de los hombros.

—Mi padre nunca tuvo que sufrir tanto —dijo el Rey con irritación desde la almohada de hilo de oro, con la voz amortiguada por el grosor del tejido y el peso del plumón.

La doctora me dirigió una sonrisa fugaz.

—¿Cómo, señor? —dijo—. ¿Queréis decir que nunca tuvo que sufrir mis torpes cuidados?

—No —dijo el Rey con un gemido—. Ya sabes a qué me refiero, Vosill. Esta espalda. Nunca tuvo que sufrir una espalda como esta. Ni los dolores de las piernas, las jaquecas, los constipados, ni ninguno de estos males y dolores que me aquejan a mí. —Guardó silencio un momento mientras la doctora apretaba y masajeaba su carne—. Padre nunca tuvo que sufrir nada. Él no estuvo...

—... enfermo un solo día de su vida —dijo la doctora a coro con el Rey.

El monarca se echó a reír. La doctora volvió a sonreírme. Yo sostuve el tarro de unguento, inexpresablemente feliz durante ese instante, hasta que el Rey suspiró y dijo—. Ah, qué dulce tortura, Vosill.

Momento en el que la doctora cesó un instante los rítmicos movimientos de su masaje, y una mirada de amargura, de desprecio incluso, pasó fugazmente por su rostro.

El guardaespaldas

Esta es la historia de un hombre conocido como DeWar, guardaespaldas principal del general UrLeyn, Primer Protector del protectorado de Tassasen entre los años 1281 y 1221, calendario imperial. La mayor parte de mi relato transcurre en el palacio de Vorifyr, en Crough, la antiquísima ciudad de Tassasen, durante el aciago año de 1221.

He decidido contar la historia a la manera de los fabulistas jeríticos, esto es, en forma de crónica cerrada, en la que —si uno se siente inclinado a creer las informaciones relativas al hecho— se ha de adivinar la identidad de la persona que relata la historia. El motivo para hacerlo es ofrecer al lector la posibilidad de decidir si otorga crédito o no a lo que quiero contar sobre los sucesos de aquel tiempo —sucesos que, a grandes rasgos, son bien conocidos, e incluso podría decirse que famosos, por todo el mundo civilizado— basándose únicamente en si la historia le «suenan real» o no, sin que los prejuicios que podrían derivarse de conocer la identidad del narrador cerraran su mente a la verdad que quisiera presentarle.

Y ya es hora de que se cuente esta verdad. He leído, creo, todas las crónicas de lo que ocurrió en Tassasen durante aquella época trascendente, y la diferencia más significativa entre ellas parece ser su grado más o menos exagerado de divergencia con respecto a los hechos reales. Concretamente, existe una versión paródica que fue la que me decidió a contar la auténtica historia del período. Bajo la forma de obra teatral, tenía la pretensión de contar mi historia y sin embargo no podía haberse alejado más del objetivo propuesto. El lector solo tiene que aceptar que soy quien soy para que la ridiculez de esta obra salte a la vista.

Digo que esta es la historia de DeWar, y sin embargo admito libremente que no es toda su historia. Es solo una parte, y podría

decirse que una parte pequeña, si tomamos solo en consideración el número de años que cubre. También existe una parte anterior, pero la historia solo permite la más apresurada referencia a los sucesos del pasado.

Por tanto, esta es la verdad tal como yo la experimenté, o tal como me fue relatada por personas en las que confiaba.

La verdad, he descubierto, es diferente para cada uno. Así como dos personas no ven nunca el mismo arco iris desde el mismo sitio exacto —aunque, al mismo tiempo, es casi seguro que ambos lo ven, mientras que alguien que se encuentre aparentemente justo debajo del fenómeno no lo ve— la verdad tiene que ver con el lugar en el que uno se encuentra y la dirección hacia la que dirige la mirada en ese momento.

Por descontado, el lector puede diferir de mí a este respecto, y cuenta con mi permiso para hacerlo.

—¿DeWar? ¿Eres tú? —El Primer Protector, Primer General y Gran Edil del Protectorado de Tassasen, general UrLeyn, se tapó los ojos para protegérselos del brillo que emitía la ventana de yeso y diamante en forma de abanico que había sobre el suelo de lustroso alabastro del salón. Era mediodía, y tanto Xamis como Seigen brillaban con fuerza en el cielo despejado del exterior.

—Señor —dijo DeWar mientras abandonaba las sombras de la esquina de la sala, donde se guardaban los mapas en un gran enrejado de madera. Hizo una reverencia ante el Protector y desplegó un mapa en la mesa que tenía delante—. Creo que este es el mapa que podéis necesitar.

DeWar, un hombre alto y musculoso que empezaba a adentrarse en la madurez, moreno de pelo, de piel y de ceño, con unos ojos profundos y oscuros, y un aire vigilante y meditabundo que se ajustaba a las mil maravillas a su oficio, definido en una ocasión como el asesinato de los asesinos. Parecía relajado y tenso a un tiempo, como un animal perpetuamente agazapado y preparado para saltar, aunque muy capaz de permanecer en esa posición todo el tiempo que hiciera falta para que su presa se aproximara y bajara la guardia.

Vestía, como siempre, de negro. Sus botas, su jubón, su camisa y su guerrera eran todas tan negras como una noche de eclipse.

Ceñía su costado derecho una fina espada envainada y su izquierdo un puñal alargado.

—¿Ahora buscas mapas para mis generales, DeWar? —preguntó UrLeyn, divertido. El Generalísimo de Tassasen, el plebeyo que daba órdenes a los nobles, era un hombre relativamente menudo quien por medio de la vigorosa y activa fuerza de su carácter conseguía que casi todo el mundo sintiera que era más bajo que él. Su cabello entrecano empezaba a ralearse, pero sus ojos seguían conservando el brillo. Por lo general, la gente decía que su mirada era «penetrante». Vestía los pantalones y la chaqueta larga que había puesto de moda entre muchos de sus camaradas generales y entre un gran porcentaje de la clase mercantil de los tassasenianos.

—Cuando mi general me envía a buscarlos, sí, señor —repuso DeWar—. Trato de hacer todo cuanto está en mi mano para ayudar. Y esto me permite conjurar los riesgos a los que mi señor podría estar exponiéndose al alejarme de su lado. —DeWar dejó caer el mapa sobre la mesa, donde este se abrió.

—Las fronteras... Ladenscion —dijo UrLeyn con un hilo de voz mientras daba unos golpecitos sobre la suave superficie del viejo mapa y a continuación levantaba un rostro de expresión traviesa hacia DeWar—. Mi querido DeWar, el mayor peligro al que podría exponerme probablemente en tales ocasiones sería una dosis de algo desagradable por parte de alguna moza nueva, o un bofetón por sugerir algo que mis concubinas más recatadas encontrasen excesivamente atrevido. —El General sonrió y se subió el cinturón sobre su modesto estómago—. O unos arañazos en la espalda y un mordisco en la oreja en caso de tener suerte, ¿eh?

—El General avergüenza a los jóvenes de muchas maneras —murmuró DeWar mientras alisaba el mapa—. Pero no sería algo insólito que un asesino tuviera menos respeto por la privacidad del harén de un gran líder que..., por ejemplo, el jefe de sus guardaespaldas.

—Un asesino dispuesto a afrontar la ira de mis queridas concubinas casi merecería salirse con la suya —dijo UrLeyn con un centelleo en la mirada mientras se mesaba los largos y grisáceos bigotes—. La Providencia sabe que su afecto adopta a veces formas muy violentas. —Alargó el brazo y propinó al joven unos golpecitos en el codo—. ¿Eh?

—En efecto, señor. Más, sigo pensando que el General podría...

—¡Ah! El resto de la pandilla —dijo UrLeyn con una palmada al ver que las puertas dobles del otro lado de la sala se abrían para dejar entrar a varios hombres, ataviados de manera similar al General, y rodeados por una auténtica hueste de ayudas de campo, burócratas con hábito y un sinfín de ayudantes más—. ¡YetAmidous! —exclamó el Protector mientras caminaba a paso vivo hacia el hombretón de cara ruda que encabezaba el grupo, le estrechaba la mano y le daba unas palmadas en la espalda. Saludó por su nombre a todos los demás generales y luego se situó al lado de su hermano—. ¡RuLeuin! ¡Has vuelto de las islas Arrojadadas! ¿Va todo bien? —Rodeó con el brazo la figura más alta y más voluminosa del otro hombre, quien sonrió lentamente mientras asentía y dijo:

—Sí, señor.

Entonces el Protector vio a su hijo y lo cogió en brazos.

—¡Y Lattens! ¡Mi favorito! ¡Has terminado los estudios!

—¡Sí, padre! —dijo el niño. Vestía como un soldado en miniatura y estaba armado con una espada de madera.

—¡Bien! ¡Puedes venir y ayudarnos a decidir cómo resolver el problema de los barones rebeldes de las marcas!

—Solo un rato, hermano —dijo RuLeuin—. Prométemelo. Su tutor lo quiere de regreso antes de la próxima campanada.

—Tiempo más que suficiente para que Lattens elabore un plan perfecto —dijo UrLeyn mientras sentaba al niño en la mesa de madera.

Los burócratas y los escribas se encaminaron arrastrando los pies hacia el enrejado de los mapas, luchando por ser el primero en llegar.

—¡No os molestéis! —gritó el General tras ellos—. ¡El mapa ya está aquí! —exclamó mientras su hermano y los generales tomaban asiento alrededor de la mesa—. Alguien ya lo ha... —empezó a decir el General. Recorrió la mesa con la mirada en busca de DeWar, sacudió la cabeza y devolvió su atención al mapa.

Tras él, oculto a su mirada por los hombres más altos que se habían reunido a su alrededor, pero nunca a más de una estocada de distancia, se encontraba el jefe de sus guardaespaldas, con los brazos cruzados y las manos apoyadas en el pomo de sus armas más visibles, discreto y casi invisible, recorriendo la multitud con la mirada.

—Había una vez un gran Emperador, temido en todo lo que entonces era el orbe conocido salvo los páramos exteriores, que a nadie con dos dedos de frente le importaban un rábano y en los que solo vivían salvajes. El Emperador no tenía iguales ni rivales. Su propio reino cubría la mayor parte del mundo y todos los reyes del resto se inclinaban ante él y le pagaban generosos tributos. Su poder era absoluto y había llegado a tal punto que no temía a nada salvo la muerte, que acaba por alcanzar a todos los hombres, aunque sean emperadores.

»Decidió tratar de engañar a la muerte edificando un palacio monumental tan grande, tan magnífico, tan cautivadoramente suntuoso, que la propia Parca (que, según se creía, se presentaba a los hombres de sangre real bajo la forma de un gran pájaro de fuego que solo veían los moribundos) sucumbiría a la tentación de quedarse en el gran monumento y morar allí, sin regresar a las profundidades celestes con el Emperador entre las garras.

»Por tanto, el Emperador ordenó que se construyera un gran palacio monumental en una isla situada en el centro de un gran lago circular que había al borde de las llanuras y el océano, a cierta distancia de su capital. El palacio tenía la forma de una enorme torre cónica y alcanzaba los ciento cincuenta pisos de altura. En su interior rebosaban todos los lujos y tesoros que el Imperio y los demás reinos podían proporcionar, guardados a buen recaudo en los rincones más profundos del monumento, donde estarían ocultos a los ladrones vulgares, pero serían visibles para el pájaro de fuego cuando acudiera a buscar al Emperador.

»Había también estatuas mágicas de todas las favoritas, esposas y concubinas del Emperador, las cuales, según le habían asegurado los más santos de sus santones, cobrarían vida en el momento en que él expirara y el gran ave de fuego viniera a llevárselo.

»El arquitecto jefe del palacio era un hombre llamado Munnosh, afamado en todo el mundo como el mayor constructor que había conocido la historia, cuya habilidad e inteligencia habían hecho posible el gran proyecto. Por esta razón, el Emperador cubrió a Munnosh de riquezas, favoritas y concubinas. Pero Munnosh era diez años más joven que el monarca y a medida que este iba envejeciendo y el gran monumento se acercaba a su conclusión, el Emperador empezó a pensar que su arquitecto lo sobreviviría y podría hablar, o ser obligado a hacerlo, y revelar dónde y cómo se habían situado los

grandes escondrijos del tesoro, una vez que hubiera muerto y estuviera allí viviendo con el gran pájaro de fuego y las estatuas mágicas. Hasta puede que tuviera tiempo de completar un monumento aún más grande para el siguiente rey que ascendiera al trono imperial y se convirtiera en Emperador.

»Con esta idea en mente, el Emperador esperó hasta que el gran mausoleo estuvo prácticamente terminado y entonces hizo que Munnosh fuera atraído al lugar más profundo del vasto edificio y, mientras el arquitecto esperaba en una pequeña cámara subterránea lo que, según se le había prometido, sería una gran sorpresa, la Guardia Imperial lo emparedó cerrando toda el ala del piso en el que se encontraba.

»El Emperador ordenó a sus cortesanos que comunicaran a la familia de Munnosh que el arquitecto había muerto al caerle encima un gran bloque de piedra mientras estaba inspeccionando el edificio, y todos lo lloraron desconsoladamente.

»Pero el Emperador había subestimado la astucia y prudencia del arquitecto, quien desde hacía algún tiempo sospechaba que algo parecido podía ocurrir. Por ello, había hecho construir un gran pasadizo secreto que iba desde los pisos inferiores del gran palacio monumental hasta el exterior. Al comprender que lo habían dejado encerrado, abrió el pasadizo secreto y lo utilizó para salir al exterior, donde esperó a que cayera la noche para alejarse por el lago circular en el bote de uno de los trabajadores.

»Cuando regresó a su casa, su esposa, que se tenía por viuda, y sus hijos, que se creían sin padre, pensaron al principio que era un fantasma y se alejaron de él, llenos de temor. Finalmente logró convencerlos de que estaba vivo y tenían que acompañarlo al exilio, lejos del Imperio. Toda la familia escapó a un reino lejano, cuyo Rey necesitaba a un gran arquitecto para que supervisara la construcción de fortificaciones para mantener a raya a los salvajes del desierto y en el que la gente, o no conocía quién era el gran constructor, o fingía no conocerlo por el bien de su programa de fortificaciones y por la seguridad del reino.

»Sin embargo, el Emperador se enteró de que un gran arquitecto estaba trabajando en un reino lejano y, por medio de diferentes rumores e informes, llegó a la conclusión de que este hombre no era otro que Munnosh. El monarca, que a estas alturas era un hombre anciano y consumido, y cuya muerte

estaba próxima, ordenó que se abrieran en secreto los niveles inferiores del mausoleo. Sus órdenes fueron obedecidas y, como es lógico, sus hombres descubrieron que Munnosh no se encontraba allí y encontraron el pasadizo secreto.

»El Emperador ordenó al Rey que enviara a su jefe de arquitectos a la capital imperial. Al principio el Rey se negó y pidió más tiempo porque las fortificaciones aún no estaban terminadas y los salvajes del desierto estaban demostrando ser más tenaces y estar mejor organizados de lo previsto, pero el Emperador, aún más cerca de la muerte que antes, insistió hasta que el Rey acabó por ceder y, con gran tristeza, tuvo que enviar a Munnosh a la capital. La familia del arquitecto trató su partida como había hecho con la falsa noticia de su muerte, tantos años atrás.

»Por aquel entonces, el Emperador estaba tan cerca de la muerte que pasaba casi todo el tiempo en el gran palacio que Munnosh le había construido para tratar de desafiar a la muerte, y allí fue a donde llevaron al arquitecto.

»Cuando el Emperador lo vio y tuvo la certeza de que era su viejo arquitecto, exclamó “¡Munnosh, traicionero Munnosh, ¿por qué abandonaste tu mayor creación y a mí?”.

»“Porque vos me hicisteis emparedar en ella para morir, mi Emperador”.

»“Eso se hizo solo para garantizar la seguridad de tu Emperador y proteger tu buen nombre”, dijo a Munnosh el viejo tirano. “Deberías haber aceptado lo que se había hecho y dejar que tu familia te llorara con decencia y en paz. Pero en lugar de hacerlo los condujiste a un indigno exilio, solo para que ahora tengan que llorarte una segunda vez”.

»Cuando el Emperador dijo esto, Munnosh cayó de rodillas y empezó a llorar y a pedirle clemencia. El monarca extendió una delgada y temblorosa mano y dijo “pero eso ya no ha de preocuparte, porque he ordenado a mi mejor asesino que busque a tu esposa, a tus hijos y tus nietos y que los mate antes de que puedan enterarse de tu desgracia y tu muerte”.

»Al oír esto, Munnosh, que había escondido un cincel de albañil bajo la túnica, dio un salto hacia delante y trató de matar al Emperador de una puñalada en el cuello.

»Pero antes de que golpe llegara a su destino, Munnosh fue abatido por el jefe de los guardaespaldas del Emperador, que no se

había apartado un momento del lado de su amo. El hombre que había sido antaño el jefe de los arquitectos reales quedó muerto a los pies del Emperador, decapitado por un terrible tajo de la espada del guardaespaldas.

»Pero el guardaespaldas estaba tan lleno de vergüenza por haber permitido que Munnosh llegara tan cerca del Emperador con un arma, y tan horrorizado por la crueldad que el Emperador pretendía descargar sobre la familia de su sirviente muerto —que no era más que la gota que colma el vaso, puesto que había pasado toda una vida presenciando los actos de crueldad del anciano— que asesinó a su señor y se dio muerte a sí mismo de sendos y grandes tajos de su poderosa espada, antes de que nadie pudiera hacer nada por detenerlo.

»El Emperador obtuvo entonces su deseo, morir dentro del gran mausoleo palacial que había construido. Si tuvo suerte o no en engañar a la muerte es algo que nunca sabremos, pero es poco probable, puesto que el Imperio se fragmentó poco después de su muerte, y el vasto monumento que había hecho construir a tan terrible coste fue saqueado por completo antes de que hubiera transcurrido un año y no tardó en quedar abandonado, hasta tal punto que hoy en día solo se utiliza como depósito de piedra para la ciudad de Haspide, fundada varios siglos después en la misma isla, la que hoy día se llama Lago Cráter, en el reino de Haspidus.

—¡Qué historia más triste! Pero, ¿qué fue de la familia de Munnosh? —preguntó lady Perrund. La dama Perrund había sido antaño la primera concubina del Protector y seguía siendo un miembro muy apreciado de la casa del General, un miembro al que, como todo el mundo sabía, aún visitaba en ocasiones.

El guardaespaldas DeWar se encogió de hombros.

—No lo sabemos —le dijo—. El Imperio cayó, los reyes empezaron a luchar unos contra otros, los bárbaros invadieron el mundo civilizado por todas partes, llovió fuego del cielo y sobrevino una era de oscuridad que duró muchos cientos de años. Pocos detalles históricos sobrevivieron a la caída de los reinos menores.

—Pero es posible que los asesinos se enteraran de que el Emperador había muerto y no cumplieran con su misión, ¿verdad? O que se vieran atrapados en el colapso del Imperio y tuvieran que preocuparse de su propia seguridad. ¿No sería eso probable?

DeWar miró a los ojos de lady Perrund y sonrió.